

nuevo espíritu cristiano: pensamientos, que reducidos á catorce cánones, presentaban los reformadores á la consideracion del Sínodo de Zurich para que el Sínodo de Zurich los elevase á la consideracion del Consejo de Berna y el Consejo de Berna los impusiese por sus consuetudinarios privilegios á la observancia del gobierno de Ginebra.

La presentacion de los cánones mostró á los ojos del Sínodo de Zurich la templanza de los reformadores ginebrinos, tan duramente tratados por Ginebra. Segun los sacerdotes allí reunidos, no podian negarse á una Iglesia las indispensables atribuciones para la excomunion, y mucho menos admitirse que bastase para la consagracion de los sacerdotes un simple decreto de los Estados. Así, aprobaron los catorce artículos propuestos, y decidieron recomendarlos á la ciudad de Berna, con ánimo de que esta los recomendase por sí á la ciudad de Ginebra. Y despues de tan solemne adhesion, pensaron que no bastaba con admitir símbolos y promulgar cánones, sino que tambien pedian las circunstancias una resolucion importante, á saber, el envío de los reformadores expulsados al seno de la ciudad expulsora para que se consiguiese una reconciliacion, á todas luces saludable y necesaria, entre la Iglesia cristiana y el Estado republicano de Ginebra. Nada hubiera dejado que desear el acuerdo religioso de semejante Sínodo, si los sacerdotes, en él reunidos, no cometieran la indiscrecion de comisionar para los arreglos entre Calvino y Berna, y entre Berna y Ginebra, inconsideradamente, á un hombre de las exaltadas pasiones del pastor Kunz, antiguo enemigo de los reformadores ginebrinos.

Esta contrariedad molestó mucho á los dos reformadores, suscitándoles increíbles dificultades. Vueltos á Berna desde Zurich, encontraron que su valedor no estaba presente, y les hacia esperar con refinamiento de crueldad ohco días mortales para sus angustiados corazones y para sus legítimas impaciencias. De regreso Kunz á la capital, no sin haber mostrado en una conferencia reciente, sus antipatías invencibles á Farel y Calvino, recibiólos con desabrimiento; é hizo mas, sometió los catorce artículos de Zurich, que los reformadores de Ginebra estimaban como el término último de sus concesiones y como el programa definitivo de una concordia, sin ningun escrúpulo, á una revision del gobierno bernés, diciéndole de mala fe cómo una parte de

aquellas innovaciones no debía consentirlas por contrarias á sus propios ritos y dogmas. Algun impedimento pusieron estas trazas al acuerdo entre los expulsados de Ginebra y el Consejo de Berna; pero persuadido poco á poco este último de la rectitud de aquellos, decidió aprobar los cánones de Zurich y enviarlos en compañía de ministros ó embajadores suyos al seno de Ginebra. Para mejor arreglo y término del asunto, añadieron que los dos desterrados se quedaran en la frontera y entraran en la ciudad los embajadores con los cánones en las manos y la promesa de llevar pronto allí á sus redactores para que de viva voz los explicasen y ocurriesen á todas cuantas objeciones pudieran oponérseles.

Los ritos nuevos, con que se habia reemplazado en la ciudad del Lemán á los antiguos ritos de Calvino, eran comunes con los vigentes en la Iglesia de Berna. Tal determinacion probaba dos cosas: primera, la habilidad de los enemigos del reformador, y segunda, su falta de creencias. Identificando los ritos ginebrinos con los ritos berneses, oponian su propia Iglesia y culto á la ciudad conciliadora, y la delataban á Suiza y al mundo como inconsecuente consigo misma é incierta en sus creencias. Así, cuando supieron que Calvino y Farel llegaban y que sus trazas de nada les servian, encendieron los ánimos, como si en vez de encontrarse á la puerta dos débiles y desarmados apóstoles, se encontrara un ejército sitiador dispuesto al combate y al asedio. Abriéronse los fosos y cerráronse los puentes levadizos; tropeles de gentes en armas salieron al camino y voces de guerra y de combate resonaron en los aires; como si de una conquista ó de una sublevacion se tratase. Por tanto, no debe, no, extrañarnos que los emisarios del gobierno ginebrino salieran al encuentro de los embajadores del gobierno bernés, y les anunciaran que, si los dos sacerdotes daban un paso mas, no podian responder ni de su libertad ni de su vida.

Farel y Calvino se quedaron, á esta intimacion amenazadora, en Genthó, aldea de la frontera; y los berneses partiéronse á la ciudad. Inútilmente, y con arreglo al encargo recibido, la diplomacia de estos pugnó por captarse la resistente voluntad del gobierno. El negocio se remitió á las Asambleas del pueblo convocadas para el día 25 de mayo de 1538. Difícil comprender la resolucion que iban estas á tomar sin decir de antemano un precedente indispensable,

Los dos reformadores ginebrinos habian encargado á los dos enviados bernezes que no leyeran al pueblo los cánones de Zurich en su ausencia, por creer necesaria la inmediata explicacion tras la lectura para esclarecerlos y confirmarlos. Así lo hicieron los embajadores, en su amor á la concordia, resueltos, como estaban, á poner paz y amistad entre los discordes. Los primeros momentos de la sesion corrieron con calma y tomaron los esmaltes de un íris deslumbrante. Los dos oradores de mayor influencia sobre la tornadiza voluntad del pueblo le impulsaron dulcemente á la reconciliacion. Todo parecia próximo á terminarse. Corrientes afectuosas, con su magnetismo particular, impelian el ánimo público á resoluciones pacíficas. Pero Kunz, enemigo irreconciliable de los apóstoles, habia mandado las proposiciones al demagogo Pedro Vandel, para que las leyerá con arte, y comentándolas no muy á derechas, suscitase con facilidad en su contra las populares pasiones. Aun no habian concluido los abogados de la desgracia, cuando tomó con impaciencia la palabra el terrible acusador. Ninguna fe, ninguna en el ánimo de aquel hombre; ningun escrúpulo en su conciencia; ninguna moral en su vida. Torvo de mirada, duro de complexion, acre de palabra, libertino de costumbres; su propio padre decia de él que, así como hay santificados desde el vientre materno, hay endemoniados, y uno de estos era su propio hijo. En la historia de la revolucion ginebrina tocóle un bien triste papel; porque siendo tan puro el carácter de esta, lo habia manchado él, asesinando torpemente al bastardo de un canónigo. Escogido estaba con arte aquel hombre destinado á perder en la asamblea del pueblo la causa de Farel y de Calvino.

Nada de acusaciones violentas. El hipócrita unia con artificio maquiavélico la miel á su veneno. Gran comediante, habia resuelto no enfurecerse, y aumentar la gravedad de sus acusaciones con la perfidia de sus palabras. Así apuntó primero la idea de que Calvino y Farel llamaban su Iglesia, como si fuera propio vínculo, á la Iglesia de Ginebra; y luego la idea de que omitian todo tratamiento al gobierno de Berna, como si quisieran desligarse por este desacato de toda obligacion y obediencia. La futeza de tales cargos resaltaba tanto por sí misma que los consejeros se quedaron frios é indiferentes; y los conjurados á sostener y acentuar las palabras del criminal acusador, no se atrevieron á proferir un grito. La causa de Calvino y Farel estaba incólume

tras los asaltos de su implacable fiscal. Conociólo este así en seguida; y arremetió con mayor vehemencia su cruel ministerio. La excomunion propuesta por los dos reformadores contra los incrédulos y los perversos le sirvió de arma en el combate y le prestó los filos de sus mas audaces argumentos. Su animacion prestó animacion al Congreso: que las almas, como los cuerpos, se encienden cuando se rozan. Los demagogos, prevenidos y juramentados, comenzaron á gritar furiosos; y el pobre pueblo, á quien agita cualquier viento, encrespóse con facilidad en una gran tormenta. Puesto, bajo la tiranía de aquellas emociones, á votacion el dictámen sobre la suerte de los reformadores, no quedaba duda; salian irremisiblemente condenados. Vandel acababa de comunicar sus propias iras al corazon de aquel Congreso; y el corazon airado acababa de apagar toda luz en el entendimiento y toda claridad en el juicio de la muchedumbre sobrecitada por el tumulto. Algunos, que desearon votar en favor de la justicia, se vieron amenazados; y no faltó quien profiriera la palabra «muerte» y sacara del cinto su arma contra los diputados independientes. Por aquel instante parecia derrotada sin remedio la República cristiana; mas en la historia del mundo las victorias parciales son todas para los intereses, mientras las victorias totales son todas para las ideas.

La noticia del desastre llegó con rapidez á conocimiento de los reformadores. La complexion de Farel, mas guerrera que la complexion de Calvino, sintió la amarga contrariedad, por lo mismo que sus combates fueran heróicos y sus sacrificios enormes. Al revés, el gran pensador, á quien la lucha gustaba si surgia de necesidad á su paso, pero que jamás iba en su busca, trocaba con facilidad la vida de la accion y del trabajo por la vida del pensamiento y de la ciencia. Llegados á Berna excitáronles sus amigos á que allí permaneciesen y habitasen. Pero la rivalidad con el rencoroso Kunz les traia las mismas dificultades que la residencia en Ginebra sin ninguna gloria. Por consiguiente, desecharon toda idea de residencia en el centro de la Confederacion y se partieron á su extremo Norte, á la ciudad de Basilea, como el mas lejano de Ginebra, extremo Sur de la region helvética. Muy en boga á la sazón el remedo servil de las antiguas prácticas apostólicas, Farel y Calvino escribieron á los hermanos en religion y á las Iglesias circunvecinas el relato de sus angustias y los términos de sus justificaciones. La emocion general compen-

sóles con creces del dolor sufrido. Todas las grandes poblaciones suizas y alemanas, á porfía, se disputaban su presencia. Calvino iba examinando con calma las ventajas y desventajas de las varias habitaciones ofrecidas como templo á su pensamiento y como campo á su actividad. Farel encontró entonces la ciudad predilecta, donde habia de dormir el sueño eterno, Neuchatel. Bien al revés de Ginebra, guardaba religiosa gratitud al apóstol, que le abriera los ojos á la nueva fe y que la sustentara en sus terribles combates. Farel, conmovido de agradecimiento, la escogió para que abrigara el término de sus días y recogiera los restos de su cuerpo. Yo he visto su sepulcro, no ha mucho tiempo. Agria pendiente me condujo al sitio mas alto de la ciudad suiza, donde campea la vieja catedral católica. Nada tan extraño á nosotros, de antiguo acostumbrados á la visita de catedrales empapadas por el incienso y esclarecidas por las lámparas que arden ante los Cristos, los Santos y las Vírgenes, como estas Iglesias ortodoxas convertidas en Iglesias protestantes, cuyas piedras han durado mucho mas que las ideas, á cuya virtud se apilaron y compusieron. Protestante, protestantísima, si cabe hablar así, la catedral, conserva en su fria desnudez todo el carácter de antigua Iglesia católica. Las cúpulas suben al cielo como las oraciones de la Edad Media; las bóvedas, las naves, los cruceros, se amoldan á la idea mística de la crucifixion y del Calvario; las rotondas se asemejan á templos aéreos conducidos sobre las aéreas alas de los ángeles que oyó cantar San Francisco y vió descender Fra Angélico; y las esculturas del siglo undécimo guardan todavía en sus contraídos labios de piedra los Misereres de la reciente culpa y los Apocalipsis del último Juicio. Allí, á su puerta, en terraza erigida sobre su eminencia, bajo tilos seculares que acaso le hayan prestado sombra cuando vivo, yace Farel muerto. El tiempo, petrificando los cadáveres, quita el asco á la muerte. Y los que aun combaten y aun padecen por la causa del humano progreso, miran con cierta nobilísima envidia las losas, bajo las cuales descansan los ya dormidos en la eternidad y juzgados por la historia. Todo cuanto circunda el sepulcro de Farel vive. La ciudad tendida en el pié de la colina y coronada de torres triangulares envia el eco de sus rumores y el coro de sus campanas; los valles cubiertos de oteros, apriscos y majadas, mezclan las cadencias de sus églogas con los acentos de las humanas voces; el celesté lago reverbera la luz del dia

y retrata las hermosas riberas en sus bruñidos cristales rizados de vez en cuando por el roce de los remos y por el ala de las aves; mientras allá léjos, los violáceos Alpes, extendidos en gigantesca cordillera rematada por conos truncados, por pirámides agudas, por irregulares, pero hermosísimas, rotondas, confunden sus argentados ventisqueros con las pardas nubes, y empapándose allá en la vida de los cielos, á guisa de colosales esponjas, parece que la exprimen y comunican á la tierra con los impetuosos torrentes derretidos de sus eternas nieves y los caudalosos ríos manados de sus fecundas entrañas. Desde allí, desde la colina, donde las sombras de los tilos olientes se mezclan con las sombras de las agujas góticas, á la vista de naturaleza tan varia y tan rica, he contemplado el sepulcro de Farel, y me ha parecido imposible que ni en el sepulcro pudiera descansar aquel inmortal combatiente.

Mientras Farel se instalaba en Neuchatel, Calvino escogia Estrasburgo. La fama de tan excelsa poblacion cuadraba enteramente al estado particular de su ánimo. Necesitado de obtener una reparacion ruidosa, ninguna tal como la ofrecida por aquella Estrasburgo, á quien llamaban unos la grande Antioquía y otros la santa Jerusalem del Protestantismo. Multitud de sabios llenaban sus catédras y difundian ideas, las cuales iban tomando ya en el habla vulgar de los pueblos el significativo apodo de calvinistas. Las disposiciones de Ginebra alejábanle cada dia mas de toda inclinacion al regreso. Los dos inmortales nombres de la Reforma helvética, el suyo y el de Farel, acababan de verse reemplazados en las listas de los templos ginebrinos por otros nombres insignificantes y oscuros. La ciudad, destinada en su pensamiento á los ejercicios de las ideas y á las prácticas de las virtudes, atronaba los oidos del mundo con sus carnavales paganos, con sus teatros ambulantes, con sus juegos y sus combates continuos, con sus tabernas llenas de borrachos, y sus mancebías habitadas por todos los vicios juntos. Así, antes de partirse para su nueva residencia piadosa, Calvino escribe á los cristianos fieles epístolas dignas de San Pablo, y les persuade á perseverar en todas las virtudes y á confiar en la misericordia de Dios, que no puede, no, desconocerlos ni desoirlos hasta négarles el bálsamo consolador de la esperanza.